

Alimentación en tiempos de crisis ecológica, entre el ‘consumo responsable’ y el tejido de una nueva *comunalidad alimentaria*

Leonardo Javier Rossi

Una hoja de ruta

El siguiente artículo intenta trazar un esquemático mapa sobre las principales características socio-sanitarias del modelo agroalimentario actual, y sobre algunas vías alternativas que en la actualidad intentar confrontarlo. Como primer punto se busca dar cuenta de los impactos sobre la salud, los territorios y las subjetividades políticas del modelo industrial de alimentación. Para contextualizar en un plano de más largo alcance, a continuación, se describe el vínculo sistémico entre capitalismo y horadación de las agroculturas, con sus consecuentes derivas ontológico-políticas. Desde esa mirada crítica, se analizan alternativas de producción y consumo agroalimentario (agricultura orgánica y agroecología) que han cuestionado al modelo dominante, cada una con énfasis en diversos aspectos, como el uso sostenible del territorio, los circuitos comerciales de proximidad, y la democratización de los procesos en torno al alimento, como algunos de los tópicos abordados.

Por último, esbozaremos algunas líneas de análisis que surgen en base al proceso en curso de tesis doctoral del autor, donde se aborda la politicidad del alimento concebida desde entramados agroalimentarios agroecológicos/campesinos, en las provincias de Córdoba y Catamarca. A partir del entrecruce de observaciones de campo, datos sobre los modelos agro-productivos, entrevistas en profundidad con actores clave de los mencionados procesos agroecológicos, y un marco teórico que se nutre fundamentalmente de la Ecología Política del Sur, y el pensamiento político comunal, delineamos un eje de interpretación que sitúa al vínculo comunidad-alimento como nudo político clave para comprender la actual Crisis Civilizatoria. Al mismo tiempo, desde una concepción crítica de la teoría política,

entendemos que el objeto de todo análisis debe contribuir a potenciar y construir formas societales emancipatorias.

La actual indigestión global

“Hoy, la agricultura industrial sistemáticamente, es decir, de manera consciente, destruye. Y destruye la interioridad del ser porque saben que ahí radica el poder. A partir del alimento las personas se debilitan. La comida que genera el modelo agroindustrial está no sólo para destruir desde afuera, sino principalmente desde adentro”

(Jairo Restrepo Rivera, en diario *El Argentino*, 2019)

“Cuando se aplica a la agricultura y al sistema alimentario, un paradigma que se sustenta en la violencia de la guerra y en unas estructuras mentales que se rigen por lo militar, lo único que hace es llevar la guerra a nuestros campos, a nuestros platos y a nuestros cuerpos”

(Vandana Shiva, ¿Quién alimenta realmente al mundo?, 2017)

El modelo agroalimentario hegemónico presenta hoy una serie de patrones que evidencian una distorsión profunda respecto a todo antecedente en la historia humana. El alimento, concebido como energía vital que fluye de la tierra habitada hacia los cuerpos, ha perdido esta dinámica para amplias franjas de la población. Más bien, este flujo energético se ha convertido en un corredor incesante de insalubridad, cuyo origen productivo normalmente el consumidor desconoce. Vivimos tiempos en que se expanden el hambre y la obesidad a niveles masivos, síntomas de este patrón en el cuerpo social global; del campo a la ciudad y de norte a sur del planeta, estas manifestaciones se han mundializado. Según Naciones Unidas, unos 2.000 millones de personas conforman la masa de subalimentadas y hambrientas, y 2.000 millones de adultos y adolescentes padecen sobrepeso, de los cuales un tercio tiene obesidad (FAO, 2019). Del lado de la producción, se ha normalizado el uso masivo de plaguicidas (4.6 M tn/año) y fertilizantes de síntesis (115 M tn/año) (FAO, 2018), la deforestación a velocidad récord y la uniformización de la diversidad biológica, coadyuvando a la extinción masiva de especies a una tasa no registrada en los últimos diez millones de años (IPBES, 2019). A esto se agregan masivos desplazamientos directos e indirectos de comunidades campesinas e indígenas, y en especial una brutal concentración de la propiedad de la tierra, bajo la estructuración de *formaciones predatorias* (Sassen,

2015) como característica de la economía global en las últimas cuatro décadas. Estas dinámicas intensifican la degradación que, desde sus inicios, ha lanzado el capitalismo sobre el sentido político de la agricultura, entendida aquí como trabajo colectivo de las comunidades humanas sobre la naturaleza para garantizar el alimento, y sostener la trama de la vida a largo plazo.

Este marco global, se refleja en Argentina a través de las estadísticas de malnutrición y la pésima calidad de las dietas en amplias porciones de la sociedad, junto a los graves impactos del modelo de producción agroindustrial en términos ecológicos y sanitarios, confirmando que existe una sistematicidad, y no se trata apenas de daños colaterales (Salud, 2019).¹ Nos encontramos entonces frente al alimento devenido una mercancía más. Se trata ya de objetos concebidos como *mercancías nutricionales* que han pasado de ser buenas para comer a buenas para ser vendidos (Aguirre, 2017: 255). Bajo la semiosis consumista, el urbanocentrismo, un vertiginoso proceso supermercadista (FAO, 2017), la creciente invasión de alimentos ultraprocesados (Elver, 2019), y efectivas narrativas de la gran industria (*toxico*)alimentaria, las grandes mayorías de la población no sólo están cada vez más alejadas del origen de los productos que componen sus dietas, sino que han intensificado su desconexión sensitiva con las implicancias vitales del alimento en el más literal de los sentidos.² El alimento tóxico, el alimento que degrada el cuerpo, el alimento que afecta los estados de ánimo, ingresa sistemáticamente a

1 En torno al vínculo directo entre alimentación y salud, la última encuesta nacional de alimentación refiere que, sumadas las categorías de sobrepeso y obesidad alcanzan al 13,6 % de niñas y niños, al 41,1 % de adolescentes, y al 67,9 % de adultos. Respecto a los impactos ecológicos y sanitarios en el terreno productivo, abundan trabajos críticos como los de Damián Marino (UNLP) respecto a la presencia de agroquímicos en altas dosis en cursos de agua, y los informes de la ONG Naturaleza de Derechos sobre los preocupantes resultados de las pericias de SENASA en torno a residuos de pesticidas en frutas y verduras. Desde el ámbito de la salud colectiva, trabajos como los del Instituto de Salud Socio-ambiental de Rosario (UNR) han exhibido a su vez el grave impacto del modelo en los cuerpos de habitantes de zonas rurales expuestas a reiteradas pulverizaciones con pesticidas.

2 Estos patrones tienen un marco global en el cual, entre 2001 y 2014, la proporción de alimentos procesados distribuidos a través de supermercados e hipermercados aumentó significativamente en países europeos, desde menos del 40 hasta llegar al 50 %. En ese mismo período, la proporción en América del Norte creció del 72 hasta el 75 %; mientras que en los países de América Latina ascendió del 22 al 27 %. En lo que respecta a Argentina específicamente “es el país de la región que consume la mayor cantidad de productos ultra-procesados per cápita por año (194,1 kg) y lidera el consumo de gaseosas, con 131 litros per cápita, por año”, según la Relatoría de Derecho a la Alimentación de Naciones Unidas.

los organismos como parte de la cotidianeidad, acicateado por una gramática del consumo que ha logrado permear toda barrera emotiva y corpórea.

Este accionar cuenta con marcos interpretativos que aceitan su efectivización. Por caso, opera en clave de *alternativa infernal*, como las llama Isabelle Stengers (2017), es decir, como parte de un posibilismo político que bloquea el sentido crítico y dota de positividad la idea de que al menos se pueda comprar comida, la que fuera, debido a que ‘hay que ser realistas’ y que ‘siempre podría ser peor’. Para vastos sectores de la población se trata de una cotidianeidad que se va instituyendo como casi infranqueable desde donde se moldean los *mecanismos de soportabilidad social* y los *dispositivos de regulación de las sensaciones* (Scribano, 2013: 30). Este consumo tóxico y escaso en nutrientes se configura asimismo desde una colonización del gusto, en su doble acepción, fisiológica y estética, en especial a través de objetos comestibles ultraprocesados o directamente intervenidos (Aguirre, 2017: 270). Si como plantea Scribano, nuestro cuerpo es la primera conexión con el mundo, y lo que sabemos del mundo es a través del cuerpo (2013: 30), entendemos que el estadio social en torno al alimento simboliza de forma drástica el analfabetismo ecológico-político al que nuestras sociedades han arribado. La dialéctica entre esta falla pedagógica y la violenta afección en los cuerpos y los territorios se retroalimenta es un espiral de degradación multidimensional.

Asistimos a una dramática anulación de la capacidad reflexiva, sacrificada bajo la ritualidad consumista, donde no sólo la industria incita al *necro-alimentaje*, y el Estado brinda la seguridad jurídica y política para que se concrete, sino que además hemos asimilado todo un corpus de discursos públicos celebratorios de la intoxicación de la tierra y de los cuerpos³. Los relatos que, una y otra vez, destacan el crecimiento de las exportaciones del agronegocio y celebran las innovaciones agro-tecnológicas (transgénicos, edición génica, agroquímicos) o valoran sin distinción todo aumento de las ventas de la industria alimenticia, hacen parte de

³ Con la noción de *necro-alimentaje* intentamos retomar el señalamiento que realiza la antropóloga Patricia Aguirre en torno a la pérdida de la dimensión eminentemente colectiva de la alimentación, que hoy devienen en un acto cada vez más individualizado donde el consumidor se enfrenta a productos de los que conoce poco y nada, una acción degradada que se puede denominar como alimentaje (Aguirre, 2010: 115). Y agregamos el prefijo *necro* para enfatizar la existencia de una sobreadundante información sobre la uniformización de dietas que no sólo son deficientes nutricionalmente, sino que estructuralmente y, a esta altura de forma dolosa, se basan en productos que atacan de forma sistemática la vitalidad del ecosistema digestivo, y por ende el saludable funcionamiento del metabolismo humano.

este locus. Como casos testigos, se ha llegado al paroxismo de que una presidenta reivindicara ser parte de una sociedad con consumo récord de gaseosas azucaradas, y a tener programas públicos que ‘cuidan el precio’ de esas bebidas para que su consumo sea accesible y no decaiga.⁴ Aunque existen campañas y algunas líneas de alimentación saludable empujadas por organismos públicos, la fijación por mantener el consumo al alza, una ‘economía caliente’, a costa de la degradación de los cuerpos, finalmente se impone como lenguaje de lo posible, o aún peor, de lo deseable en clave de realismo político-económico.

En definitiva, hablamos de una trama agroalimentaria, des-humanizada, que ha abandonado el sentido agro-cultural de la humanidad, su base ontológica de cuidado de la tierra, del cuerpo, de la trama comunal de vida, de su humus. Debemos recuperar conciencia de que humanidad y humus comparten un origen común (Shiva, 2017; Haraway, 2017; Machado Aráoz, 2017). En este sentido es que enfatizamos que este acceso a las energías vitales del alimento cuando, aún de forma deficitaria, se concreta, se da mayormente en condiciones de intoxicación sistémica que “no se manifiesta apenas en efectos oncológicos sobre los organismos humanos vivientes, sino ya en el plano ontológico, a nivel de degradación ética y política de la espiritualidad humana” (Machado Aráoz, 2017: 210). Desde una mirada crítica no podemos a esta altura plantear que todas y todos los miembros de una sociedad deban alimentarse de forma suficiente y adecuada, y no dar cuenta exhaustivamente sobre las cualidades del alimento, de su relación con los modos sociales de producción y la configuración territorial del hábitat, y de todas sus implicancias sobre la salud colectiva.

Por qué todavía pensar que si le hemos declarado una guerra a la tierra y a nuestros organismos saldremos indemnes. Por qué confiar en alguna versión metafísica donde por caso nuestro bioma intestinal, esa compleja comunidad de comunidades con toda su implicancia fisiológica-emocional, mediador por excelencia entre la salud y la enfermedad, comando de estados de ánimos, podría estar más allá del veneno (agrotóxicos, antibióticos, aditivos) diario que se le arroja. Por qué imaginar que este órgano, que opera en términos de ayuda mutua con nuestra especie, pueda armonizar nuestro sistema inmune si se encuentra intoxicado y des-habitado del ecosistema donde caminan nuestros

⁴ Nos referimos a un discurso de la entonces presidenta Cristina Fernández durante la ampliación de una planta de la empresa Coca-Cola en 2015, y a la inclusión de esa marca en la política pública del Programa Precios Cuidados 2020.

pies, a contramano de toda su historia evolutiva. Cómo podría sostenerse ese micro-mundo intestinal, imperturbable y sano, cuando incorpora a diario materia nociva, por un lado, y extraña de las condiciones bio-físicas, climáticas, estacionales del territorio de vida, por otro (Margulis *et al.*, 2014). Cómo no poner foco en ese ataque directo sobre un punto tan sensible respecto a los equilibrios físico-emotivos, en el cuerpo individual y social.

Mientras vastas franjas de la población apenas si alcanza a malnutrirse, con lo que el mercado y/o el Estado ponen a su alcance, física y simbólicamente; emergen en otro sentido discursos (médico-mediáticos, de políticas públicas o de algunas empresas alimentarias) en principio reflexivos sobre la alimentación. Estos planteos están centrados en la etapa de consumo y mayormente no cuestionan los diversos aspectos estructurales del modelo agroalimentario (contaminación, desruralización, explotación laboral, largos circuitos de transporte). En todo caso, expresan elecciones centradas en la propia ingesta, a partir de una amplia gama de dietas llamadas ‘saludables’. En algunos casos, que son los que aquí nos interesan, se tiende a la búsqueda de dietas basadas en alimentos libres de xenobióticos.

En este tipo de consumo, observamos ejemplos de un cuestionamiento al modelo agroalimentario, ya no sólo como denuncia desde los activismos (comunidades, agentes de salud, docentes rurales, colectivos ecologistas) presentes en las ‘zonas de sacrificio’ del agronegocio, sino desde los consumidores en las ciudades. Si bien esta problematización no es aún tema prioritario de agenda en medios de comunicación masivos ni en la formulación de las líneas clave de las políticas públicas, no es menor el espacio que han ganado de un tiempo a esta parte. Diversos trabajos periodísticos sobre las afecciones a la salud producto de la hiper-industrialización de la dietas, la difusión en medios masivos de informes sobre la carga de pesticidas en frutas y verduras de consumo masivo en las grandes urbes, y el trabajo de colectivos como la Unión de Trabajadores de la Tierra (UTT) para visibilizar las problemáticas de la producción hortícola, pero también las transiciones agroecológicas en áreas periurbanas, son algunos puntos de referencia que han empujado a un mayor cuestionamiento acerca de las cualidades de la producción agroalimentaria que llega al plato de la población.⁵

5 Por ejemplo, la periodista Soledad Barruti con sus libros (*Malcomidos*, 2013, y *Mala Leche*, 2018) e intervenciones en diversos medios masivos, ha marcado una apertura de estos temas para audiencias más amplias. Asimismo, la difusión mediática de los informes de la ONG Naturaleza de Derechos, como ‘El plato fumigado’ o ‘Heladeras fumigadas argentinas’, han tenido una repercusión que logró saltar el nicho ecologista. De igual modo, la estrategia de intervención pública de la UTT en plazas

Estos planteos tienen diverso grado de alcance y de auditorios, pero a nivel general marcan que la preocupación por la calidad del alimento es un tema que ha trascendido ámbitos académicos especializados o de pequeños grupos ecologistas. Esta atención se cruza con un creciente interés de sectores urbanos por el ‘cuidado del ambiente’, como campo general de enunciación, dentro del cual la producción agroalimentaria es un punto clave de cuestionamiento. En ese sentido, dentro de un espectro de ‘consumo responsable de alimentos’ se describirán a continuación dos posibilidades que marcan horizontes de problematización de diverso alcance. Hablamos del consumo de alimentos orgánicos, por un lado, y de la elección de alimentos agroecológicos, por otro. Nos interesa marcar las continuidades y rupturas que estas expresiones de producción-consumo presentan respecto al modelo dominante, y sus implicancias desde una mirada ecológico-política. Para eso se realizará un breve repaso en torno a la politicidad de la agricultura, y el quiebre que el capitalismo provocó a este modo de relación entre las comunidades humanas y la trama de la vida.

El alimento desterrado

“He aquí, queridos amigos, el destino que os está reservado a vosotros los que amáis la tierra regada con vuestro sudor; a la que os sentís atraídos por una fuerza cuyo secreto os lo explica el desenvolvimiento del embrión vegetal al romper la tierra misteriosamente con sus blanquecinos tallos. Os arrebatarán el campo y la cosecha, os cogerán a vosotros mismos y os uncirán a cualquiera máquina, humeante y estridente (...) A eso llamarán agricultura”
(E. Reclus, *A mi hermano el campesino*, 1893)

“Empezaré por lo más bajo de la escala: por ese asunto tan ordinario y terrenal que es comer y beber. ¿Es que hay sucedáneos en este terreno? Demasiados, por desgracia”
(W. Morris, *La era del sucedáneo*, 1894)

Para comprender el actual escenario donde se masifican la falta de acceso a nutrientes básicos y la intoxicación sistemática por la vía alimentaria,

centrales, principalmente de Buenos Aires, mediante ‘verdurazos’, buscó ampliar estas discusiones más allá de sectores ya sensibilizados.

pero donde al mismo tiempo diversos sujetos buscan recuperar, vaya paradoja, alimentos que alimenten -que no intoxiquen, de cercanía, de la tierra-, debemos rastrear la historia de horadación que el capitalismo ha provocado sobre la trama agroalimentaria. Como lo ha planteado la filósofa hindú Vandana Shiva (2017), los sistemas alimentarios humanos se han fraguado sobre dos principios elementales: por un lado, que todo el mundo tiene que comer, y por otro, que todos los lugares habitados por seres humanos producen alimentos, sea en el Ártico, la selva o el desierto. “Los sistemas de alimentación que han evolucionado para poder nutrir a la gente son, por naturaleza, locales” (Shiva, 2017: 133); al contrario de este presente de circulación desenfundada de productos del agro a escala global. Shiva recuerda que “la localización de los sistemas alimentarios no solo es natural: también es vital, porque permite a los agricultores poner en práctica la Ley de Devolución, producir alimentos gracias a la biodiversidad, crear sistemas de alimentación adaptados a los cultivos y ecologías locales, y nutrirse de ellos, nutrir a sus comunidades y nutrir al suelo, al que devuelven lo que les da” (í.d.).

Entre las diversas formas organizativas de obtener alimentos, entre quince y diez mil años atrás, comenzó a expandirse la agricultura como sistema agroalimentario en distintas regiones del planeta. Nos interesa en torno a esto, dejar planteada una mirada de la agricultura que no sólo la entienda como una técnica para obtener alimentos, sino más bien como parte de una historia política que implica el diseño físico y espiritual de las bioregiones; una cartografía donde se disponen regulaciones para el cuidado de la vida como trama que excede lo humano. Las agroculturas son la forma social de un sustento colectivamente producido y compartido, que deviene en cuidado agudo de la naturaleza cultivado en cada sujeto, como protector de esa base material que garantiza la continuidad de la vida (Tapia, 2009). Decimos que la agricultura cumplió esencialmente una función política, porque implicó formas de organización colectiva para dotarse de modo previsible de los elementos vitales para producir y reproducir la vida.

Sin desconocer la existencia de colapsos civilizatorios puntuales, nos interesa identificar el rasgo dominante de la agricultura como semiosis social productora de vida. Las formaciones societales de tipo comunales han sido los ejemplos característicos del rol socializador de la agricultura, de este trabajo comunal sobre la tierra como práctica para garantizar el alimento, evitar el hambre colectiva y sostener la habitabilidad del territorio (Kropotkin, 2005; Wolf, 2005; Davis, 2006). Concretar estas prácticas agroculturales implicaba acuerdos, organización,

obligaciones y goce en comunidad. Es por esta larga historia que el actual extrañamiento en torno a un modelo agroalimentario con cosechas récord por un lado, y desperdicio de alimento, hambre y obesidad récord, por otro, ilustra mucho más que el quiebre con una forma técnica. Más bien nos marca una ruptura profunda en el vínculo político de los humanos entre sí, por un lado, y entre las comunidades humanas y la naturaleza no humana, por otro. Este tiempo que vivimos se caracteriza por una amnesia ontológica del cuidado colectivo de la vida, presente por miles de años en las agroculturas, bajo una gran diversidad de formaciones políticas y cosmovisiones.

Si bien han existido formas de organización pre-capitalistas (de India a China, de los Andes al norte europeo) que extraían excedentes agrícolas de comunidades locales muchas veces de forma coercitiva o bajo otros mecanismos que trascendían lo comunal, fue sin duda el capitalismo como matriz de estructuración social, con su genética global, el sistema que causó un cambio radical en el vínculo político entre comunidades, territorio, agricultura y alimentación. Desde la estructuración de nuevos circuitos agroalimentarios para sostener las empresas mineras coloniales y la conformación de regímenes de plantación en América, junto a los cercamientos y desplazamientos masivos de población rural a las incipientes ciudades industriales en el norte europeo, observamos en un par de siglos una serie de movimientos que modificaron radicalmente la dinámica territorial histórica en torno al alimento, haciendo de la deslocalización y el desplazamiento de mercancías alimentarias su razón de ser. Quedaron conformadas a partir de entonces, áreas de intensa producción demandada por otras regiones, por un lado, y áreas de alta dependencia y escasa autonomía alimentaria, por otro. Lo rural y lo urbano fueron progresivamente fracturados, en los mapas, en el suelo, en los cuerpos y en los imaginarios.

Desde este marco analítico, es clave recuperar el aporte de la noción marxiana de *fractura metabólica* (Bellamy Foster, 2004), para comprender la dinámica desatada a partir de la captura que el capitalismo hace de la agricultura, con la expulsión masiva de campesinos a las urbes, la degradación acelerada de los suelos rurales, y la saturación ambiental de los territorios donde se emplazaban las ciudades. Desde nuestra mirada, destacamos asimismo que esta fractura no sólo da cuenta de la escisión del vínculo sostenible hombre-mujer/naturaleza mediado por el trabajo, y del quiebre radical entre campo y ciudad, sino que fundamentalmente degrada la concepción ontológico-política del par comunidad-naturaleza. Este patrón, fue concebido desde su génesis como una máquina de consumo ilimitado

de energía (tierra, agua, alimento, cuerpos) de otros territorios y comunidades. En ese proceso, se fagocitaron asimismo la autonomía alimentaria, los modos de organización política, y las correspondientes formas de subjetivación que tributaban a un socio-metabolismo sostenible.

La puesta en marcha de este proceso expropiatorio de la agricultura a manos del capitalismo tuvo por su propia dinámica expansiva una escala global. La atrofia que el capital impuso a los ciclos vitales de la tierra, no sólo podía identificarse ya en sitios puntuales del mapa-mundi sino que se tornó viral, dando cuenta de la potencia e inercia *geo-socio-metabólica* (Machado Aráoz, 2017) del sistema. La agricultura capitalista concibió los suelos de cada rincón del planeta como parte de sus reservas de tierra para ser expoliada, alterada en sus procesos, segmentada, trasvasada de una punta a la otra del planeta. Con la conformación de extensas zonas de ultramar como mono-cultivadoras (azúcar, trigo, arroz o plátanos) este modelo conformó, desde su lógica de explotación, un saqueo, y constitución de una *ecología-mundo* (Moore, 2013). Y allí donde desembarcó, el capitalismo agrario arrasó con miles de años de autosuficiencia nutricional con gravosas consecuencias para las poblaciones locales (De Castro, 1962). Silvia Federici (2004: 122) recuerda que, en el norte europeo, el proceso de cercamientos marcó el punto cero de dos siglos de grandes hambrunas, recién sorteadas a partir de la consolidación de la importación de materias primas desde América. Para las zonas coloniales, el “azote del hambre” (Polanyi, 2007: 270) se convirtió en la nueva normalidad.

Las sucesivas etapas de regímenes alimentarios -de la dinámica mercantil-colonial, pasando por el proceso agro-industrial con largo dominio de Estados Unidos como principal potencia, hasta llegar a este presente de supermercado global y cadenas transnacionales del agronegocio (Mc Michael, 2013)- fueron para amplias zonas del planeta renovadas incursiones sobre territorios y poblaciones, pero también sobre gustos y deseos. En ese derrotero alcanzamos este presente caracterizado como una *sindemia global* (AA.VV., 2019), una enfermedad de los cuerpos, de la tierra y del clima, producto de este modelo agroalimentario. Una patología, debiéramos agregar, que afecta las sensibilidades, percepciones, y anhelos en torno al alimento. Entendemos por esto que el diseño y ocupación ontológica (Escobar, 2017; 2018; 2018b) que el mismo modelo capitalista ha forjado sobre la trama agroalimentaria es el gran desafío político de este tiempo histórico. Nos hallamos frente a un mapa complejo de espacios de expropiación sistémica de energías, de nutrientes del suelo y de los organismos humanos que

indefectiblemente operan sobre el cuerpo social y el cuerpo subjetivo (Scribano, 2012: 104) moldeando percepciones y sensibilidades que mayoritariamente se adaptan a este devenir. En definitiva, hemos forjado imaginarios, corporalidades y sentimientos desterritorializados, “extrañándolos de las condiciones comunales de habitación y del sentimiento de reconocerse pertenecientes a la tierra” (Giraldo, 2018: 114).

Si este extrañamiento para con la tierra se nos presenta en la actualidad de forma directa desde la parafernalia publicitaria de los agronegocios, tan ligada a la Guerra contra la Naturaleza, y en buena parte del lenguaje de las políticas públicas agropecuarias -¿qué significa sino el eterno llamado a ‘expandir fronteras’?-, opera también de forma solapada a través de la semiosis consumista que ha licuado la capacidad afectiva y reflexiva ante la devastación que este modelo agroalimentario ejerce sobre nuestros territorios y sobre nuestros propios cuerpos. Como plantea Scribano, “el consumo contiene las llaves del paraíso en la tierra por las cuales las estructuras de expropiación/depredación/desposesión son relegadas a un segundo plano” (2013b: 743). El alimento y toda su carga simbólica, desde ‘poder llevar un plato de comida a casa’ hasta ‘darse un gusto’, no está exento de esa operatoria donde la acción de compra-consumo parece desvanecer toda historia previa del objeto mercancía.

Agricultura ecológica, del origen crítico a la captura del mercado global

“Vamos a tener que seguir siendo un productor masivo de alimentos, cereales, oleaginosas dedicada a combatir el hambre en el mundo. Pero, explotar además una agricultura más de nicho, apuntada al consumo responsable. Una tendencia que crece en el mundo y debe satisfacerse. (...) un fenómeno que podemos denominar como ‘lujo responsable’ o ‘consumo sustentable’, que crece exponencialmente y es una tremenda oportunidad para la Argentina”
(Lino Barañao, ministro de Ciencia, 2018)

“Queremos ser pioneros en la producción de leche orgánica en Argentina (...). Si queremos ser competitivos y exportar leche al mundo, tenemos que agregarle valor porque ahora es un commodity. Ahora hay una tendencia global hacia el consumo de alimentos y bebidas más saludables y naturales, y desde Argentina podemos competir muy bien por este segmento”
(Carlos Aubry, CEO de Nestlé Latinoamérica, diario El Cronista, 2018)

Como hemos planteado, creemos valioso revisar algunas líneas vinculadas a la producción y consumo de alimentos que parten de un sentido crítico, marcar sus posibilidades, límites y tensiones. Desde sus orígenes, el modelo capitalista de producción de alimentos tuvo, además de enormes resistencias en comunidades campesinas e indígenas, detractores dentro de las propias sociedades que iban a la vanguardia del mismo. Esbozaremos una breve historia de algunas corrientes que intentaron dejar plasmada otra forma de agricultura en disputa con los sentidos en torno al alimento propuestos por el capitalismo. Dentro de quienes denunciaban a este modelo que hace del “campo una gran fábrica”, como decía Eric Wolf, destacadas voces críticas como la de Marx, Kropotkin, Reclus o Morris quedaron asentadas en Europa a fines del siglo XIX, pero fue en el primer tramo del siglo XX a través de los planteos del británico Albert Howard y del austríaco Rudolph Steiner, entre otros, que la idea de la agricultura como parte de un proceso complejo de vida ganó fuerza como una contracorriente práctica, dentro de los propios países que exportaban ese modelo de agricultura capitalista. Desde esas perspectivas críticas se construyeron marcos teóricos como los de la agricultura biodinámica, la biológica o la orgánica. Cada una contó con sus especificidades, pero, en líneas generales, estos movimientos agrícolas tendieron a confrontar a la agricultura de insumos químicos industriales basada en los planteos de Justus Von Liebig. Por el contrario, buscaron recuperar desde nuevas epistemologías el camino de las agroculturas basadas en el ciclaje natural de nutrientes del suelo, la consideración sobre la especificidad de cada bio-región en torno las posibilidades ecosistémicas para cada propuesta agrícola, y el respeto de los tiempos biológicos, entre otros fundamentos.

Tras varias décadas de irregularidad en su difusión, finalmente estos espacios se consolidaron en varios países de Europa y en Estados Unidos, y en 1972 dieron nacimiento a la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica (IFOAM), en Versalles, desde donde se brindaron directrices para la producción orgánica que sirvieron de parámetro para buena parte del mundo. Poco a poco, la agricultura orgánica adoptó una serie de regulaciones de índole internacional, con algunas específicas por países, que permitieron establecer un lenguaje común entre productores acerca de qué prácticas se podían aplicar y qué insumos, mayormente biológicos, se podían utilizar. En concreto, estas regulaciones se cristalizaron en certificaciones que daban garantía del origen ‘orgánico’ del producto a los consumidores, quienes normalmente se podían hallar en mercados distantes. El centro de atención se fijó en el modo de producción,

y en consecuencia en cómo brindar garantías sobre ese origen productivo para quien accede a las materias primas o sus derivados.

Los largos recorridos del alimento y sus implicancias energéticas, el consumo de estación en función del territorio que se habita, el estar cara a cara entre agricultor y consumidor, entre otros aspectos, quedaron relegadas como problemáticas de primer orden para este esquema. Dentro del modelo actual de agricultura orgánica, operan varias de las líneas fundamentales del modelo de agricultura capitalista. En el marco de las Directrices para la Producción de Alimentos Orgánicos, FAO (1999) ha justificado esta estructura como hecho juzgado al que este mercado debe responder: “la distancia cada vez más grande entre productor y consumidor ha estimulado la introducción de procedimientos de control externo y certificación” (s/n.). “Fuera de una pequeña porción de productos agrícolas que se comercializan directamente desde la granja a los consumidores, la mayoría de los productos llegan a los consumidores a través de canales comerciales establecidos. Para reducir al mínimo las prácticas engañosas en los mercados se precisan medidas específicas, que aseguren que las empresas que se dedican a la elaboración y el comercio sean objeto de una comprobación efectiva” (íd.).

En este marco, ‘orgánico’ significa un “etiquetado que indica que los productos se han producido con arreglo a las normas de la producción orgánica, y que están certificados por un organismo o autoridad de certificación debidamente constituido” (íd.). Es decir que lo ‘orgánico’ queda bajo control de certificadoras, públicas como privadas, que tienen la potestad de usar ese término para nominar los alimentos, bajo riesgo de pena para quien lo malverse, según plantean los entes reguladores.

La agricultura orgánica quedó limitada a ser un sistema “de gestión de la producción que fomenta y realza la salud de los agroecosistemas” (íd.). Esta mirada sintetiza un espíritu tecnicista, que como veremos más adelante, es cuestionado desde enfoques como la agroecología. El punto radica en que, si bien se trata de un modelo radicalmente menos nocivo en su fase productiva respecto al modelo de agricultura química, no discute buena parte de las estructuras de la industria agroalimentaria: mercados globales y deslocalización alimentaria, modelo de monocultivos, uso a gran escala de insumos externos (aun siendo biológicos), la presencia de grandes actores corporativos como sujeto productivo, vínculos sociales en torno al alimento, entre otros.

Dentro de este escenario mundial, los agricultores argentinos que forman parte del sector orgánico tuvieron diversos antecedentes organizativos desde la

década del ochenta, y encontraron su consolidación en la década del noventa con el Movimiento Argentino para la Producción Orgánica como principal referencia. Obtuvieron también reconocimiento del Estado a través de diversas regulaciones y una legislación específica (ley 25.127 de 1999). Dentro de un contexto global donde se estima que cerca de 70 millones de hectáreas se trabajan bajo estos marcos regulatorios, Argentina cuenta en la actualidad con 3,6 millones de hectáreas, principalmente dedicadas a la ganadería (3,4 millones de hectáreas), siendo el segundo país detrás de Australia (35,7 millones de hectáreas) en mayor cantidad de superficie bajo producción orgánica (FIBL e IFOAM, 2020). Del total de producciones, tanto agrícolas como ganaderas, sólo un 1 % queda en el mercado interno, lo que asimismo no implica que se comercialice en cercanías del territorio donde se ha realizado la producción. El resto sale rumbo a los mercados externos, con Estados Unidos (43 %) y Europa (36 %) como principales destinos (SENASA, 2019).

Los datos exhiben que más allá de la búsqueda de una producción y una alimentación más saludable, el sector orgánico mantiene y, al ser concebido como sector principalmente exportador, refuerza la distancia física entre producción y consumo, con sus implicancias ontológico-políticas respecto a la relación entre territorios habitados y territorios agro-alimentarios. En el ejercicio práctico, el sector orgánico o bio, si bien invita a realizar una práctica agrícola más sostenible, por un lado, y un consumo que apoye esas prácticas y que mejore la salud del organismo propio, por otro, no tiene en su praxis una dirección tendiente a restituir el fondo histórico de la agricultura y la alimentación. Hablamos de contemplar como horizonte la localidad del alimento, la sostenibilidad integral del agrosistema, la construcción de otros vínculos sociales en torno al alimento más allá del mercado, una nueva ocupación y uso de la tierra con criterio de justicia social y ecológica. En lo estructural lo que se pone en juego en este tipo de 'consumo responsable' no deja de ser un ejercicio individual, y siguiendo a Lordon (2018), diríamos que, enfocado en la virtud ciudadana, limitado a las buenas intenciones, y lo más problemático, des-territorializada. Como hemos apuntado el desacople metabólico del sistema agrícola, la separación entre territorio productivo y territorio alimentario es una piedra basal de todos los desajustes civilizatorios que atravesamos. Un consumo de alimentos que no cuestione esa falla estructural o aún peor, que la estimula, no deja de operar dentro de una gramática política que persiste en negar las bases que hicieron de la agricultura, una forma de sostener la vida.

Agroecología, renovación de la propuesta crítica en torno al alimento

“Nosotros estamos garantizando alimentos más sanos. Muchos integrantes de la UTT se volcaron de la producción convencional, en base a agrotóxicos, hacia la agroecología. La agroecología permite que se produzcan alimentos más sanos y a precios populares, productos que no son para una élite, sino que se venden en almacenes de la UTT en las ciudades”
(Rosalía Pellegrini, UTT, en *Resumen Latinoamericano*, 2019)

“La agroecología quiere que su producto llegue a la mayor cantidad de personas, y que no haya diferenciación de si lo podés pagar o no. Por eso se trabaja en ferias, con productores locales que puedan abastecer a sus comunidades, creando espacios de encuentro entre productor y consumidor”
(Eduardo Cerdá, Red Nacional de Municipios por la Agroecología, en *Revista Internos*, 2020)

La agroecología como corriente de pensamiento y acción surgió a partir de una recuperación de las agroculturas campesinas e indígenas en diálogo con espacios de la ciencia con perspectiva crítica. Fue en la década del setenta, en un escenario global donde la llamada Revolución Verde se imponía, y los planes de ‘cooperación para el desarrollo’ habían potenciado el proceso de expropiación de la autonomía de agricultoras y agricultores, que sectores académicos latinoamericanos comenzaron a institucionalizar la agroecología en cursos y ámbitos de investigación.⁶ En 1989 se creó el Movimiento Agroecológico Latinoamericano (MAELA) y en 2007 la Sociedad Científica Latinoamericana de Agroecología (SOCLA), espacios clave

6 El contexto de la Revolución Verde implicó un proceso de difusión de técnicas agronómicas basada en el uso intensivo de fertilizantes, agroquímicos y variedades de semillas mejoradas que se impusieron en países del llamado Tercer Mundo a mediados del siglo XX bajo el slogan de aumentar la productividad y erradicar el hambre. Este proceso centrado en los rendimientos se impuso sin contemplar las cualidades de los alimentos locales que poco a poco iban siendo desplazados ni tenía en cuenta las condiciones histórico-políticas, como el colonialismo y la dependencia estructural, que habían desatado las hambrunas en buena parte del mundo. La legitimación de este proceso se cristalizó por caso cuando Norman Borlugh, mentor de este modelo, obtuvo en 1970 el Nobel de la Paz. Autoras como Vandana Shiva han analizado los graves impactos ecológicos, sociales y culturales de este sistema de monocultura, antesala de la Revolución Biotecnológica de los organismos genéticamente modificados.

para la difusión práctica y teórica del sector, al igual que la incorporación de estos saberes que han hecho las organizaciones que integran la Vía Campesina, el mayor espacio de confluencia de colectivos agrarios en el mundo.

Algunos componentes clave de esta corriente tienen que ver con la centralidad de la mirada territorial de la agricultura, tanto en términos agronómicos y ecológicos, como también socio-culturales. Es decir, no se trata sólo de aplicar técnicas menos nocivas con el suelo sino de valorar los saberes locales, poner en un lugar central la autoproducción alimentaria de cada región, que había sido socavada por la lógica agro-exportadora, y retejer el vínculo que va desde la semilla a la mesa (Gliessman, 2013). Desde el principio, la agroecología buscó no sólo revalorizar al agricultor y sus conocimientos, sino que apuntaló un camino de regreso a la localización de la cadena agroalimentaria. Este modelo prioriza la sostenibilidad integral de los sistemas alimentarios, lo que no sólo implica cómo se produce sino qué sujeto agrario produce y cómo es el circuito de consumo, su escala, las distancias que recorre el alimento, su accesibilidad. “Los sistemas de producción fundados en principios agroecológicos son biodiversos, resilientes, eficientes energéticamente, socialmente justos y constituyen la base de una estrategia energética y productiva fuertemente vinculada a la soberanía alimentaria” (Altieri y Toledo, 2011: 4).⁷

Algunas voces de la agroecología han planteado una crítica aguda al modelo de agricultura orgánica, al ubicar a esta última como una variante más de la agroindustria.⁸ Se plantea que la agricultura orgánica puede aceptar perfectamente

7 La Soberanía Alimentaria es un término difundido por la Vía Campesina desde 1996 para ir más allá de la idea asistencial de seguridad alimentaria, horizonte propuesto por la FAO. En ese sentido se plantea que además de una alimentación suficiente y adecuada, de forma democrática, las sociedades deben poder decidir con qué alimentarse, en base a qué tipo de prácticas y a partir de sujetos agrarios. La intención es dar una discusión de cara a los Estados en la que poner el foco de atención en la necesidad de valorizar la agricultura campesina e indígena y confrontar a las corporaciones agroalimentarias.

8 Remarcamos que la crítica apunta hacia el modelo en su sentido estructural y a las apropiaciones por parte de la industria y no así al término orgánico en abstracto. Incluso desde miradas críticas hay también quienes apelan a seguir usando el término agricultura orgánica, alineados con la concepción originaria del término, como es el caso del colombiano Jairo Restrepo (2019), una referencia de las prácticas agrícolas regenerativas y el sentido radicalmente crítico en torno a la agricultura y la alimentación. Por otro lado, la importancia de enfatizar y especificar las críticas sobre la operatoria del modelo, más allá del uso del término, otra vez cobra dimensión ya que, tal como ocurrió con la apropiación de la agricultura orgánica, la propia agroecología atraviesa intentos de cooptación por parte de actores clave del sector corporativo. Un ejemplo destacado

la lógica de monocultivos dependientes de insumos externos, aunque éstos sean naturales, lo que “sigue el mismo paradigma de la agricultura convencional, es decir, superar el factor limitante, pero esta vez con insumos biológicos u orgánicos” (Altieri y Toledo, 2011: 5). Asimismo, se sostiene que en muchos casos estos ‘insumos alternativos’ se han convertido en una mercancía de escala más, por lo que no se rompe la dependencia de proveedores convencionales; asimismo se depende de certificadoras, y de mercados exógenos (í.d.). Otro punto distintivo entre agroecología y agricultura orgánica tiene que ver con la dimensión central que adquiere el trabajo agrícola en la primera, inscripto en una mirada que abreva en la no explotación humana como reverso de la degradación de la mano de obra rural característica del capitalismo agroindustrial. Si bien existen sectores puntuales de la agricultura orgánica conformados mediante cooperativas campesinas dedicados a la exportación bajo el paraguas del ‘comercio justo internacional’, se trata de segmentos específicos desde donde no se plantean reformas estructurales a la profunda pobreza a la que están sometidas las mayorías en el campo (í.d.) “Los nichos del mercado (orgánico y/o comercio justo) de los países ricos, presentan los mismos problemas de cualquier régimen de agroexportación al no dar prioridad a la soberanía alimentaria” (í.d.).

La mirada agroecológica apunta en su intencionalidad a restituir los vínculos sociales en torno al alimento en un sentido territorialmente limitado, mientras que para la industria alimentaria el mundo entero se ha convertido en su entorno, con la consecuente deslocalización de las dietas (Aguirre, 2017: 268). Las reflexiones de la agroecología, surgidas al calor de las experiencias territoriales, no van en la dirección de un consumo que satisfaga un ethos ambiental o saludable mediante un sello privado, sino en una implicación efectiva en procesos colectivos donde el acto consuntivo no deviene un fin en sí mismo. Se trata en el fondo, para el consumidor de formar parte del proceso integral de sanación del desgarrado *socio-metabolismo*.

de este tipo de apropiaciones se dio en 2018 a raíz de una conferencia del entonces ministro de Ciencia Lino Barañano, explícito defensor del agronegocio. Sobre este ejemplo, pueden consultarse las reseñas de esa fecha del programa representativo de las corporaciones agroindustriales, Bichos de Campo, *Un ministro propone crear “valles agroecológicos” para promover una agricultura orgánica* (<https://bit.ly/2WSOJ9f>. Última fecha de consulta, 25/05/2020) y *¿Quién es el empresario que tentó al gobierno con los valles agroecológicos?* (<https://bit.ly/2LSqli2>. Última fecha de consulta, 25/05/2020).

Esta mirada crítica intenta saldar la confusión entre el no uso de agroquímicos y fertilizantes de síntesis, con procesos que efectivamente discutan al modelo agroalimentario. En casos paradigmáticos del entrecruce entre capitalismo agrario y sector orgánico, hallamos multinacionales denunciadas por sus prácticas laborales o por atacar comunidades campesinas comerciando con prestigiosos certificados eco (Robin, 2013: 392).⁹ Es decir que si en el consumo habitual de alimentos, los mecanismos de explotación del capital están normalmente ocultos, en este tipo de casos se encuentran más que velados, barnizados bajo un tinte verde. Es este tipo de engranajes los que la agroecología pone en discusión y no sólo el cuidado del suelo, el agua o la salud de agricultores y consumidores. De lo que se trata es de relocalizar la cadena agroalimentaria para, al hacerlo, poder desarmar las estructuras de poder que suelen volverse menos visible a mayor distancia entre el origen del alimento y su adquisición (Cuellar Padilla y Sevilla Guzmán, 2013: 25).

En Argentina, la agroecología cuenta con infinidad de antecedentes prácticos -aunque no auto-percibidos como agroecología- en comunidades campesinas e indígenas y en antiguos modos productivos de chacareros que combinaban agricultura y ganadería, rotaban cultivos y diversificaban sus producciones. No obstante, como ámbito de disputa en espacios académicos e institucionales la agroecología comenzó a tener mayor presencia en la década del noventa, con los trabajos de Santiago Sarandón y sus colegas en La Plata como una referencia, entre otras. Y desde diversos enfoques, entre la teoría y la práctica, la agroecología ganó terreno no sólo en colectivos rurales sino en proyectos de organismos públicos como el INTA, la Secretaría de Agricultura Familiar de la Nación, las universidades, con las cátedras de Soberanía Alimentaria como espacio de difusión por excelencia, y en movimientos sociales urbanos, incluidos grupos de consumidores. En los últimos años, diversas jurisdicciones locales han llevado adelante políticas o legislaciones tendientes a promover prácticas agroecológicas, siendo la Red Nacional de Municipios por la Agroecología, coordinada por Eduardo Cerdá, un ámbito de impulso para este camino. Asimismo, crecieron ferias y mercados agroecológicos, poniendo énfasis en la necesidad de construir espacios fijos desde donde los sujetos consumidores y productores pudieran acortar distancias.

⁹ El investigador Philippe Baqué (2011) es una referencia en el estudio de este tipo de casos.

El alimento como fuente de comunión

“Este camino de la agroecología tiene mucho corazón, se transita con mucho amor y compromiso con los pares, con el colectivo, sabiendo que somos privilegiadas de haber podido conocer la oscuridad del sistema alimentario, y poder construir otros mundos. Por otro lado, vamos ayudando a que tomar conciencia sobre la importancia del alimento sin venenos, sin explotación, de una tierra saludable sea una posibilidad para todas y todos, y no ya un privilegio...”

(Sofía, miembro de colectivo de consumo agroecológico, Capilla del Monte)

“Si el sistema agroalimentario se ha construido sobre bases patriarcales y coloniales, y ahora neoliberales, necesitamos destruirlo como dicen compañeras del feminismo comunitario. Y desde ahí entramar otras formas que pongan en el centro el cuidado de la vida, el cuidado de la tierra, de todos los seres humanos y no humanos. Ese horizonte, ese anhelo, está en sistemas que sean agroecológicos, locales, feministas, que permitan enraizarnos, que promuevan relaciones horizontales, de reciprocidad, de amor...”

(Marianela, miembro de colectivo de consumo agroecológico, Córdoba)

Alcanzada esta instancia, debemos mencionar que lejos de pretensiones de pureza, los espacios que promueven la agroecología apelan enfáticamente al término transición. Porque si bien los presupuestos de la agroecología tienen como horizonte una mirada local, participativa y sostenible de la agricultura y el consumo, los activistas agroecológicos saben que las estructuras (físicas como mentales) a desarmar son múltiples. En ese sentido y según los criterios que cada colectivo se brinde, en ferias o mercados agroecológicos pueden hallarse también algunos alimentos orgánicos, alimentos de agricultores recién iniciados en el proceso de dejar el uso de agroquímicos, o alimentos agroecológicos provenientes de otras regiones (la yerba misionera o el arroz santafesino que llegan a otras partes del país son ejemplos típicos). La propuesta agroecológica en todo caso tiene una dimensión política que para ganar en potencia necesita indefectiblemente que los consumidores se hagan parte de ese transitar, de lo que aún hay que pensar, cambiar y construir. Por ejemplo, contemplar qué productos necesariamente deben llegar de otras eco-regiones, que producciones agroecológicas deben

fortalecerse de manera prioritaria en cada sitio, que tramas de intercambio se pueden construir con colectivos de otras zonas.

En los hechos, mientras las ferias, almacenes y mercados que ofrecen alimentos provenientes de prácticas agroecológicas se multiplican en Argentina, aún es más limitada la acción de los consumidores de este sector para ir más allá del momento de compra, dejando en el espacio de intermediación la confianza sobre el proceso productivo. En casos como las ferias, muchas veces las propias familias productoras ofician de vendedoras, apelando a compartir de primera mano la experiencia productiva con el consumidor. Otro ejemplo es el de colectivos agrarios que han montado sus propios espacios de venta directa, con casos como el de la UTT, en ciudad y provincia de Buenos Aires, y en Entre Ríos, o el Movimiento Campesino de Córdoba, en la capital provincial y Traslasierra. Términos como agroecología, soberanía alimentaria, trabajo digno, arraigo rural, circuitos cortos, rodean el campo semántico sobre el que se constituye la narrativa de estos espacios. Si bien aquí aún existe distancia entre territorio productivo y consumo, mediado por el punto de venta, ésta comienza a ponerse en cuestión o bien a reducirse, sobre todo por el fomento de estos espacios a la proximidad de buena parte de la fruta y verdura fresca. Al mismo tiempo, se moldea otra forma de vinculación con el alimento que discute el modelo agroalimentario en un sentido integral y pone de relieve la necesidad de amasar procesos colectivos, que incluyan a agricultores y consumidores como parte de una misma trama. Se trata de contraponerse a esa anomalía que el neoliberalismo ha exacerbado en torno al consumidor individual, y en el caso alimentario simbolizado por el *comensal solitario-masivo*, hecho inédito en la historia cultural humana (Aguirre, 2017: 279). Esta individuación, como hemos visto, opera también como soporte de las gramáticas de ‘consumo verde’, aunque discursivamente estén llamadas a cuestionar algunas prácticas de la agricultura dominante. La idea del cambio social mediante acciones individuales, aún enunciadas con un sentido crítico, es una de las grandes herencias neoliberales en las subjetividades políticas (Lordon, 2018: 320, 321).

Como antítesis de esa individuación, surgen procesos tendientes a crear comunidad en torno al modelo que hace a la obtención de alimentos sanos. Se trata de experiencias de la agroecología que intensifican su faz reflexiva desde procesos compartidos. Hablamos de ámbitos donde no sólo se discute el modelo agroalimentario a través de la compra del producto agroecológico, sino que se

comparte espacio, tiempo y reflexión.¹⁰ Estas prácticas ponen en juego un tipo de consumo que tiende a germinar una comunidad en torno a los alimentos, donde en última instancia se trata de abonar procesos sociales que obligan a asumir responsabilidades colectivas para hacer parte también del goce de un bien común (el alimento, el territorio, los vínculos humanos) en el más profundo de los sentidos. Ya no se trata de una acción concebida en torno a obtener ‘mi comida sana’. Hablamos de prácticas que para retejer el cuidado de la trama de vida (humana y no humana), indefectiblemente deben partir de recuperar algún grado de ejercicio político comunal para dotarse de un horizonte que trascienda las lógicas del capital (Gutiérrez, Navarro y Linsalata, 2016). Desde este enfoque, podríamos plantear que sostenibilidad política y sostenibilidad ecológica deben caminar juntas.

Como plantea Machado Aráoz, “más grave que la propia destructividad del capitalismo, es su capacidad para moldear subjetividades cuyas estructuras perceptivas, sensoriales y cognitivas resultan completamente incapaces de sentir el deterioro objetivo de las fuentes y procesos de vida al que se hallan insoslayablemente expuestas” (2017: 196). Comenzar a desandar ese camino en torno al alimento, vistas sus implicancias históricas sobre las formas de concebir los vínculos con la tierra y las formas de modelar comunidades políticas, es por demás necesario. Si efectivamente, “el metabolismo social no es algo exterior a los individuos; atraviesa nuestros cuerpos, los moldea, los transforma y co-configura la materialidad orgánica de las agencialidades políticas” (ibíd.: 209), el rol de la agricultura y la alimentación, sus tramas de producción y consumo, serán puntos neurálgicos desde donde encontrar salidas a la debacle civilizatoria que las grandes mayorías habitan.

En una reflexión notable, que invierte todo un corpus de posibilismo político -‘al menos hay que llenar las panzas’-, desde la praxis comunal Silvia Rivera Cusicanqui sostiene que “hay que pensar para comer, el pensamiento tiene que

10 Para el caso de Córdoba, desde donde se escribe este artículo, encontramos experiencias aún embrionarias de garantías participativas agroecológicas en Colonia Caroya y en la Feria Agroecológica de Córdoba capital, apuntaladas por productores, consumidores y técnicos, que buscan construir mecanismos colectivos que den cuenta sobre la especificidad de este tipo de agricultura. Asimismo, se multiplican experiencias (Córdoba, Río Cuarto, Traslasierra, Sierras Chicas, entre otros puntos) donde consumidores se organizan, entablan vínculos con agricultores agroecológicos de su región y/o extra-zona, garantizan compras regulares, apuntalando y haciendo parte de forma directa del proceso de transición o fortalecimiento de experiencias agroecológicas concretas.

ser para comer bien, para tener más respeto por el producto de la mano humana que te da de comer, para encariñarte con lo que comes, para que tu propio cuerpo se conecte con las ideas de otras personas a través de ese gesto tan elemental como es la alimentación” (2015: 148). Construir dinámicas agroalimentarias reflexivas y críticas como una acción en común no deja de ser una urgente *desesidad*¹¹, como dice Amaia Pérez Orozco (2014), para empezar a retejer lo que aquí definimos como una nueva *comunalidad alimentaria*, un ethos político que convoque desde abajo a recuperar la agricultura y el alimento de esta larga expropiación, tan cara al sistema de vida y a nuestra condición humana.

Bibliografía

- AA.VV. (2019) “The global syndemic of obesity, undernutrition, and climate change: the Lancet Commission report”. *The Lancet*, 393(10173), pp. 791-846.
- AGUIRRE, Patricia (2017) *Una historia social de la comida*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- ALTIERI, Miguel, y TOLEDO, Víctor (2011) *La revolución agroecológica en América Latina*. SOCLA. Disponible en: <https://bit.ly/38n3Hsi>. Fecha de consulta, 03/07/2020.
- BELLAMY FOSTER, John (2004) *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. España: Ed. El Viejo Topo.
- CUÉLLAR, Mamen, y SEVILLA GUZMÁN, Eduardo (2013) “La Soberanía Alimentaria: la dimensión política de la Agroecología”. *Procesos hacia la soberanía alimentaria: perspectivas y prácticas desde la agroecología política*. Barcelona: Icaria. pp. 15-32.
- DAVIS, Mike (2006) *Los holocaustos de la era victoriana tardía: el niño, las hambrunas y la formación del tercer mundo*. Valencia: Universitat de València.
- DE CASTRO, Josué (1962) *Geopolítica del hambre: ensayo sobre los problemas alimentarios y demográficos del mundo*. Buenos Aires: Solar/Hachette.

11 La autora explica que este término surge de colectivos de mujeres centroamericanas que sostienen que se debe recuperar autonomía en la definición de las necesidades a partir de los deseos comunales. Desde esta mirada se busca confrontar la agenda de necesidades normadas e impuestas a partir de estereotipos –donde la alimentación es un caso emblemático– que suelen emerger de lo que marcan corporaciones y organismos multilaterales, y que se replica a través de políticas públicas, el trabajo de ONG’S, y lo que el propio sector privado dispone como “necesario”.

- ELVER, Hilal (2019) *Visita a la Argentina. Informe de la Relatora Especial sobre el derecho a la alimentación*. Disponible en: <https://www.refworld.org/es/pdfid/5c65e2c84.pdf>. Fecha de consulta, 25/05/2020
- ESCOBAR, Arturo (2017) *Autonomía y diseño: la realización de lo comunal*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- _____ (2018) *Otro posible es posible: caminando hacia las transiciones desde Abya Yala/Afro/Latino-América*. Bogotá: ed. Desde Abajo.
- _____ (2018b) *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones Unaula.
- FAO (1999). *Definición de la agricultura orgánica*. Disponible en <http://www.fao.org/3/x0075s/x0075s.htm>. Fecha de consulta, 25/05/2020.
- _____ (2017) *El futuro de la alimentación y la agricultura. Tendencias y desafíos*. Disponible en: <http://www.fao.org/3/a-i6881s.pdf>. Fecha de consulta 25/05/2020.
- _____ (2018) *More people, more food, worse water? A global review of water pollution from agriculture*. Disponible en: <http://www.fao.org/3/ca0146en/CA0146EN.pdf>. Fecha de consulta, 25/05/2020.
- _____ (2019) *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo*. Disponible en: <http://www.fao.org/3/ca5162es/ca5162es.pdf>. Fecha de consulta, 25/05/2020.
- FEDERICI, Silvia (2004) *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- FIBL and IFOAM (2020) *The world of organic agriculture*. Disponible en: <https://shop.fibl.org/chen/mwdownloads/download/link/id/1202/> Fecha de consulta, 25/05/2020.
- GIRALDO, Omar Felipe (2018) *Ecología política de la agricultura: agroecología y posdesarrollo*. San Cristóbal: El Colegio de la Frontera Sur.
- GLIESSMAN, Stephen (2013) "Agroecología: plantando las raíces de la resistencia". *Agroecología*, vol. 8, no 2, pp. 19-26.
- GUTIÉRREZ, Raquel, NAVARRO, Mina & LINSALATA, Lucía (2016) "Repensar lo político, pensar lo común. Claves para la discusión", en: *Modernidades Alternativas*. México: UNAM. pp. 377-417.
- HARAWAY, Donna (2017) "Las historias de Camille: los niños del compost", en: *Nómadas*, (47), 13-45.
- IPBES (2019) *La peligrosa pérdida sin precedentes del ecosistema natural*. Disponible en: http://static.omaui-malaga.com/omaui/subidas/archivos/5/8/arc_8185.

- pdf. Fecha de consulta: 25/05/2020.
- KROPOTKIN, Pior (2005) *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Anarquistas.
- LORDON, Frederic (2018) *La sociedad de los afectos: Por un estructuralismo de las pasiones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo ed.
- MACHADO ARÁOZ, Horacio (2017) “‘América Latina’ y la Ecología Política del Sur. Luchas de re-existencia, revolución epistémica y migración civilizatoria”, en: *Ecología política latinoamericana. Pensamiento crítico, diferencia latinoamericana y rearticulación epistémica*, Héctor Alimonda, Catalina Toro Pérez y Facundo Martín (Coords.) Buenos Aires: Clacso, UAM, Ciccus. pp. 193-224.
- MARGULIS, Lynn y OTROS (2014) *Microbiótica. Nutrición simbiótica y microorganismos regeneradores. Una revolución para salvar la tierra y el ser*. Madrid: Ediciones Integralia.
- MCMICHAEL, Philip (2013) “Historicizing food sovereignty: A food regime perspective”. *Food Sovereignty: A Critical Dialogue. Conference #13*. Yale University: The Journal of Peasant Studies. Disponible en: https://www.iss.nl/sites/corporate/files/13_McMichael_2013.pdf. Fecha de consulta, 03/07/2020.
- MOORE, Jason (2013) “El auge de la ecología-mundo capitalista (I). Las fronteras mercantiles en el auge y decadencia de la apropiación máxima”. *Revista Laberinto*, N° 38, pp. 9-26.
- PÉREZ OROZCO, Amaia (2014) *Subversión feminista de la economía: aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.
- POLANYI, Karl (2007) *La gran transformación*. Buenos Aires: Quipu ed.
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2015) “Sobre la comunidad de afinidad y otras reflexiones para hacernos y pensarnos en un mundo otro”, entrevista de Huáscar Salazar Lohman. *El Apantle. Revista de estudios comunitarios. ¿Común para qué?* Pp. 141-165.
- ROBIN, Marie Monique (2013). *Las cosechas del futuro. Cómo la agroecología puede alimentar al mundo*. Barcelona: Ediciones Península.
- SALUD, Secretaría (2019) *Segunda Encuesta Nacional de Nutrición y Salud. Resumen Ejecutivo*. Disponible en: <https://bit.ly/3eiLXjH>. Fecha de consulta, 25/05/2020
- SASSEN, Saskia (2015) *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz ed.

- SCRIBANO, Adrián (2012) “Sociología de los cuerpos/emociones”. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), pp. 91-111.
- _____ (2013) “Cuerpos y emociones en El Capital”. *Nómadas* (Col), (39), pp. 29-45.
- _____ (2013b) “Una aproximación conceptual a la moral del disfrute: normalización, consumo y espectáculo”. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 12, n. 36, pp. 738-750.
- SENASA (2019) *Situación de la producción orgánica en la Argentina*. Disponible en: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/situacion_de_la_po_en_la_argentina_2018.pdf Fecha de consulta, 25/05/2020.
- SHIVA, Vandana (2017) ¿Quién alimenta realmente al mundo? El fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología. Madrid: Capitán Swing.
- STENGERS, Isabelle (2017) *En tiempos de catástrofes: cómo resistir a la barbarie que viene*. Buenos Aires: Ned Ediciones.
- TAPIA, Luis (2009) *Pensando la democracia geopolíticamente*. Bolivia: Muela del diablo y CLACSO.
- WOLF, Eric (2005) *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.